

El sol y yo estábamos de pie desde hacía largo rato [...] La mañana estaba cargada de presagios y más ligera que una burbuja [...] El tiempo estaba suspendido [...] el camino sencillamente se acaba en la arena como alguien que considera haber dicho lo suficiente [...]

Por mí no hay problema. Pero tres mil años antes de Baedeker, los primeros rituales arios son un poco más circunspectos. La Isla es la residencia de los magos, de los encantadores, de los demonios. Es una gema fuliginosa que emergió del fondo del océano bajo el reinado de malos planetas [...]

Ya veremos.

Nicolas Bouvier,
El pez escorpión

EN EL ARCHIVO DE LA ALCALDÍA no está registrada el acta de aparición del telégrafo. En ninguna parte consta. Nadie lo recuerda. Las autoridades se hacen contraseñas y sacan el bulto a la hora de las respuestas.

Sí aparece registrado el día en que La Primera Mujer Alegre llegó y la noche, setenta y dos horas después, en que se largó, desprovista de su alegría, porque uno de tantos vendedores de cerdos le contagió una fulminante enfermedad que le cerró

literalmente sus partes nobles, su única fuente de ingresos.

También está registrado el arribo de Mis Jelen de apellido impronunciable. Arribo con el cual los hombres comenzaron a sentir extraños resquemores en toda la vida, identificados, tiempo y libros después, como la explotación de sus energías en aras de la prosperidad de los cafetales que la susodicha Mis Jelen financió.

La única pista con que se cuenta es la siguiente: con los cafetales, surgió la necesidad de transportar el producto a la capital, y de ésta al norte del continente.

DEL NORTE DEL CONTINENTE fue que lo enviaron.

El aparatito parecía un chapulín de metal. Un barrigón de ojos azules fue quien lo trajo. Se instaló en la estación ferroviaria y comenzó a dar toquecitos sobre el insecto. Quizá del infierno, o del centro de la Tierra, le contestaban con toquiditos parecidos.

—¡Sepa putas lo que están diciendo! —exclamábamos, acentuando nuestra cara de severendos pendejos pero justos.

¡Bah! Muy pronto nos darían la respuesta, pero no cualquier respuesta, sino una de esas que son peores que jugo de limón exprimido sobre las pupilas.

LOS RESQUEMORES QUE SENTÍAMOS se agravaron, como cuando a uno lo muerde una barbamarilla y el médico está a cuatro horas de camino. Nos pusimos perros y no volvimos a los cafetales. Alguien aconsejó que venadeáramos a Mis Jelen y la dejáramos extraviada en los potreros, con un anónimo que avisara: “Por haber venido a chingarnos la paciencia”.

—A mí no me gustaría que le hicieran eso a mi mujer, el día que vaya a otras repúblicas —dijo Robla, levitando, pues nunca tenía bien puestos los pies sobre la tierra.

—Estás pendejo —le contestó Gureha, siempre tan amargo—; vos y tu mujer y tus hijos y los hijos de tus hijos nunca conocerán ni la aldea que está a cinco leguas de aquí. ¡Mucho menos otras repúblicas! Poné los pies sobre el lodo, hombre, ya bajate de la nube y aterrizá.

—¡A callar los dos! —ordenó Armentero, somatando el aire—. Mejor piensen qué carambas vamosacer.

—¡Nada! —respondió nuestro silencio resignado, el eterno Padrenuestro que implorábamos desde que teníamos uso de razón.

MIS JELEN DE APELLIDO IMPRONUNCIABLE, vestida con sus mejores galas, fue a la estación ferroviaria. El barrigón de ojos azules comenzó a rascarle la espalda al animalito metálico.

—¡Fóquet! —oí que dijo el barrigón—; el telégrafo no fue inventado para estas cousas.